

¿Literatura censurable?

Por Miguel Roca Osorio

Diario *El Universo*, 3 de enero de 1977

Cuando Erskine Caldwell —una de las cifras más altas de la literatura contemporánea— escribió *La chacrita de Dios*, las pudibundas damas de Boston, en airada actitud, incoaron un juicio contra su autor acusando que el libro era obsceno y que hería el delicado pudor de las reclamantes.

Tramitado el proceso, la Suprema Corte de los Estados Unidos absolvió a Caldwell y en un inesperado fallo consignó que “...en literatura no hay libros obscenos o castos... en literatura hay simplemente libros mal escritos o libros bien escritos...”

En 1913 Anthony Comstock, Presidente de la “Sociedad de Nueva York para la supresión del vicio”, obtuvo que despidieran de su empleo a Walt Whitman —el poeta más luminoso en estos últimos cien años— por haber escrito *Hojas de hierba* considerado por adustos censores como un libro impúdico y, además, el mismo Comstock pretendió que se prohibiera la circulación de *La profesión de la señora Warren* de Bernard Shaw por atentar contra la moral pública. Y en el siglo pasado, *Madame Bovary* —la pieza más sustantiva y célebre de la novelística contemporánea— se la insertó en un expediente judicial por inmoral.

Valgan las acotaciones precedentes como obligado preámbulo para acoplarlo a manera de comentario, y con las obvias y relativas diferencias, a dos libros editados en Guayaquil y escritos por dos adolescentes, Fernando Balseca y Raúl Vallejo, que irrumpen en el ámbito literario con una atrevida entrega de cuentos en los que pretenden trasuntar una mórbida realidad que la describen sin reticencias —posiblemente con errores en la modelación de la trama y en la estructuración gramatical de la forma— pero que lo hacen con la misma naturalidad que —a juicio de ellos— se produce en el mundo que viven.

Se puede estar en desacuerdo con el rudo lenguaje que los autores insertan en algunos parajes de sus narraciones, pero esos encendidos tonos contenidos en ellas, no es lo que deba constituir dentro de una producción literaria el motivo de su objeción. Aún los más deslumbrantes escritores del pensamiento universal, han recurrido en sus obras a interjecciones impactantes extraídas de un vocabulario de humeantes tabernas o de sórdidos escondrijos nocherniegos o, acaso, tomadas de elementales seres que laboran en las breñas de los campos. Y es entonces cuando el escritor, para dar mayor realismo a la fotografía del medio, inserta en sus composiciones esos hechos objetivos para encuadrar una conducta humana. Así por ejemplo, Shakespeare en *La décimo segunda noche* presenta escenas con un catálogo de gruesas palabras; o, ubicándonos en nuestro medio, Jorge Icaza, Joaquín Gallegos o José de la Cuadra —las más rutilantes figuras de la literatura americana— consignan voces duras extraídas de la fraseología popular. Y eso respecto a forma, pues, en cuanto a conceptos de fondo para presentar imágenes de acciones reprochables que sensiblemente se registran en el dislocado vivir de la gente, encontramos pasajes de sórdida acentuación en las obras más clásicas del género novelístico o del cuento y, aún más hasta en la propia Biblia en el Capítulo 38 del Génesis, cuando se describe un acto de aberración incestuosa de Onán.

No es que pretendamos, por ningún concepto, insinuar la vigencia de un lenguaje inapropiado e hiriente como instrumento de comunicabilidad, pues, la aspiración ideal sería forjar un tratamiento de respeto, amor y delicadeza en las relaciones humanas, pero si la Literatura, independiente de ser un medio de expresión de belleza es, además, un canal idóneo para denunciar perturbadoras realidades que no deben existir, o para reflejar fenómenos repelentes que inevitablemente los hay, entonces se considera que puede haber en Literatura la necesaria licencia de registrar las palabras en la forma como, por desventura, algunos las usan. Y no es que agrada leerlas, sino que, infelizmente, están en la boca y en el pensamiento de seres reales que el novelista los recoge en su obra y cuyo contenido fundamental no son los aislados términos que utilizan los personajes que se mueven en esa obra, sino en el reflejo deprimente de un mundo sucio que está frente a nosotros y que el autor aspira a cambiar, denunciándolo.

En suma, se puede disentir sobre esos cuentos de Balseca y de Vallejo por su forma y aún por su fondo. Pero hay algo fundamental en sus autores: el plausible propósito de crear. Dos jóvenes que no llegan a los 17 años y que han acometido la insólita aventura de escribir lo que piensan o lo que ven, merece estimularlos y, en el supuesto de que hayan errado, encauzarlos en su capacidad imaginativa para no dejar extinguir su fuente generadora de una inquietud literaria tan rara de encontrar en la juventud de hoy que se ufana de su vacuidad y de su preponderante hostilidad contra el pensamiento...

